Teodoro me dixo esto con tal elevacion y tal ayre de superioridad, que yo estaba confundido, y no sabia qué responderle. Al fin despues de alguna reflexîon le dixe: Te vuelvo á repetir que nada deseo mas que servir á Dios, y ser útil á los hombres, que la compañía de nuestro amigo y el cuidado de su familia me serian muy agradables, y que si él no me propusiera la educacion de sus hijos, para lo que me reconozco incapaz, no hubiera tardado en aceptar su proposicion, y al instante hubiera volado á acompañarle y servirle con mi persona y facultades.

Ahora te añadiré lo que no te habia dicho, y es que ha mucho tiempo que deseo salir de esta populosa capital, en cuyo tumulto es casi imposible vivir consigo ni vivir con Dios. Obligado en todos momentos á ceremonias de parentesco y amistades, interrumpido cada instante por ociosos importunos, y por consiguiente forzado á perder mucho tiempo en frioleras inútiles, hace dias que deseo y busco un retiro, en que pueda consagrar á Dios el último tercio de mi vida. ¿Mira pues quántas razones tengo para preferir la casa de un amigo, que ya desea vivir con la modestia y Religion que yo pudiera desear?

Pero la idea de una educacion es tan alta á mis ojos, y yo estoy tan léjos de poder alcanzarla, que no debes hallar extraño mi temor. No obstante dexámelo consultar con Dios uno ó dos dias, y te responderé. Reflexîonalo si quieres, me respondió, y quanto mas lo reflexîones, mas verás que esta es la voluntad del Cielo. Su mano anda entre nosotros. Observa tambien cómo

te preparaba con estos deseos de retiro para el instante en que debia escribirte nuestro amigo. Reflexîonalo pues; pero no olvides que es Dios el que te llama.

Al otro dia por la mañana fuí á consultar á mi Confesor, sugeto distinguido por su ciencia y virtud, y le propuse las circunstancias en que me hallaba. Su respuesta fué: Vamos á decir Misa, pidamos uno y otro á Dios que nos alumbre con su luz divina, y despues conferirémos. En efecto despues de haberla dicho nos volvimos á juntar, y vé aquí lo que me dixo: He pedido al Señor encarecidamente, que nos inspire una resolucion que sea de su gloria. He pensado con la mas séria atencion lo que me habeis expuesto, y despues de muchas reflexîones no veo nada que os deba estorbar el admitir el encargo que se os propone, y veo muchas razones poderosas que os deben determinar.

Aquí no teneis ninguna obligacion que os fixe, ningun motivo particular que pueda deteneros. Deseabais ya separaros del ruido y embarazos de esta numerosa poblacion. Estabais en ánimo de buscar un retiro en que servir á Dios sin distraccion. En esta circunstancia os llama: ¿quién? un pariente, un amigo, un hombre que ha vivido en el desórden, que Dios ha convertido, y que ya desea acogerse al sagrado de la virtud, y al asilo de la penitencia. ¿Y para qué os llama? Para acompañarle y sostenerle; oficio de caridad, oficio dulce que al mismo tiempo alimentará tambien vuestra propia devocion. ¿Qué mas quiere de vos? que le ayudeis á poner en órden su familia. Es dificil que lo pueda hacer por sí solo. Vos debeis pues este servicio á su confianza.

Es verdad que tambien desea que os encargueis de la educacion de sus hijos, y que os juzgais poco idóneo para este encargo; pero vos mismo me habeis dicho, que este Padre que os llama está recientemente convertido. Debeis pues suponer, que lo que desea es dar á sus hijos una educacion christiana. En este caso ¿por qué no podreis darla? ¿Y por qué no esperais que Dios os ayudará? Seria nimia timidez, y desconfianza excesiva creer que no podreis enseñar á dos niños la Religion, el temor de Dios, el amor de la virtud, y los exercicios y prácticas que pueden formar un Christiano religioso y timorato.

Si su Padre quiere darles otros conocimientos propios de caballeros, y debidos á la educacion general de las personas de su clase, que los proporcionan á empleos de su gerarquía, ya sabe que vos no los teneis, y pues es rico hará venir otros Maestros que se los enseñen. Entre tanto vuestra ocupacion será no apartaros de ellos, estar siempre á la vista, y embarazar que se les diga ó enseñe nada que pueda viciarlos, corromper su inocencia ó debilitar los principios que les procureis inculcar. Así vuelvo á deciros, que no veo nada que os pueda impedir el aceptar esta propuesta; y que por el contrario veo, que con ella podeis lograr vuestros deseos de retiro, la satisfaccion de un amigo, su perseverancia en la virtud, el arreglo de una familia, y la educacion Christiana de dos niños.

Á medida que este sabio y prudente varon me iba desenvolviendo sus razones, una cortina se descorria delante de mis ojos, y la luz me iba penetrando por ellos

hasta lo mas profundo de mi corazon. Al instante todas mis dudas se desapareciéron, todas mis nieblas se disipáron, y yo me sentí determinado á venir á buscarte. Aquel dictámen me pareció luminoso y seguro. Mi ánimo perturbado se sosegó, y ya no pensé mas que en los medios de responderte, y poner mi viage en execucion.

Volví la misma noche á la hora acostumbrada á ver á Teodoro. Desde que me vió me dixo: Y bien, Mariano, ¿á qué te has decidido? Á seguir, respondí yo, la vereda que el Cielo me presenta, á partir y entregarme á la conducta de la Providencia. Teodoro me abrazó con muchas señales de satisfaccion, y me añadió: Mira como yo te lo habia vaticinado. No era posible que resistieras á la inspiracion. Todo esto viene ordenado por una mano superior que nos ha mirado á todos con bondad. Dichoso tú que vas á ser la felicidad, y á contribuir á la salvacion de una familia, que Dios quiere conducir al Cielo por tí, y contigo. Pídele que tambien me dirija y me saque de estas incertidumbres y congojas en que fluctúo. ¿Y quándo piensas ir?

Yo puedo partir muy presto, respondí, si esto te parece conveniente. Ningun negocio me ocupa, y mi equipage no es grande. Lo único que pudiera embarazarme son mis libros; pero los dexaré en casa de un amigo con encargo de remitírmelos despues. Y como si la Providencia lo arreglara todo, ayer he sabido que el mas íntimo de mis amigos está destinado para ir á la América con una importante comision, y que debe partir de aquí á tres dias. Debe pasar por el Lugar en que

reside nuestro amigo, y no dudo que me lleve en su coche. ¿Te parece que me aproveche de esta ocasion? Sí, me respondió Teodoro; y yo la miro como disposicion del Cielo. Nuestro amigo te espera con impaciencia, y de este modo le darás tambien el placer de la sorpresa.

Le volví á decir: ¿Pero tú, Teodoro, qué es lo que piensas hacer? En las disposiciones que te veo, me parece que no estás léjos de tomar un buen partido. ¿Quál es pues tu resolucion? ¿Qué se yo? me respondió. Los impulsos mas vivos de mi corazon son volar á ese Convento en que ha estado mi amigo, y arrojarme todo entero entre los brazos de aquel santo Director; pero hasta ahora he sido esclavo de mi empleo, y no he tenido libertad. Por otra parte ya habrás observado que nuestro amigo en todas sus cartas no dice el nombre del Convento ni el de su Director; y como me impuso la ley de no escribirle hasta que me avisase, no se lo he podido preguntar.

¿Quándo se acaba tu quartel, le pregunté? Y me respondió: de aquí á ocho dias. Pues siendo así, le volví á decir, me ocurre una idea, para componerlo todo. Yo esperaré á que tu servidumbre se acabe, y entónces podrémos ir juntos. Con esto darás á nuestro amigo el gusto de que te vea; al mismo tiempo te informarás de lo que deseas saber, y desde allí podrás ir al Convento. No, me respondió Teodoro. Yo no quiero ver á nadie ántes de haberme desembarazado de la única inquietud que ocupa ahora todos los instantes de mi vida.

Me parece que es mejor esta otra idea. Tú partirás

de aquí á tres dias, y con esto nuestro amigo tendrá mas presto el consuelo que espera. Tú le contarás con extension todo lo que ha pasado entre nosotros. Yo no pudiera hacerlo sino con mucho trabajo, y nunca tan bien. Tú le pedirás que sin perder momento me escriba el nombre del Convento y el de su Director, y que me remita una carta de recomendacion para él. Yo me detendré muy poco despues que concluya mi servidumbre, y aprovecharé los primeros momentos de mi libertad para ir á buscarle. Despues de haber cumplido con este primero y mas urgente deber, iré á veros, os hallaré juntos, y pasaré en vuestra compañía algun tiempo con mas sosiego. ¿No te parece bien este pensamiento? Muy bien, le dixe: y yo voy á executarlo por mi parte: en efecto salí de allí. Mi amigo Don Antonio me ofreció un asiento en su coche, dispuse todas mis cosas para el viage, me despedí por la última vez de Teodoro, nos pusimos en marcha; y heme aquí para siempre contigo.

Esta fué la relacion de Mariano. Discurre, amigo mio, ¿con qué placer, con qué interes escucharia un discurso, en que todo es felicidad para mí? ¿pero qué puede ser comparable con el gozo de saber que Dios se ha dignado tambien de iluminarte? ¿Que la misma luz con que me alumbró en las espesas tinieblas de mi ceguedad, por medio de mi Ángel tutelar, se ha extendido á las tuyas? ¿Que te haya hecho conocer la verdad, y lo que aumenta mucho mi satisfaccion, que se haya servido de mí para instrumento de tanto bien? ¡Teodoro, una felicidad tan grande no puede caber

en mi corazon! Yo le doy gracias, y se las daré toda mi vida de lo mas íntimo de mi alma.

Haces muy bien en dirigirte en derechura al Convento, y no malograr un instante para tan saludable operacion. ¡Pero qué delicioso momento será el mio, quando te vea de vuelta, y quando teniéndote en mis brazos pueda decirme: vé aquí mi amigo, que ya lo es de Dios; mi Teodoro, que ya está reconciliado con la bondad divina, y que confio es y será vaso de misericordia, que va á servirle conmigo, y de quien ni aun la muerte me podrá ya separar, pues nos juntaremos en el Cielo á bendecir eternamente á ese Dios nuestro Padre, á quien debemos tantas misericordias?

Con esta encontrarás la carta que te incluyo para mi santo Confesor. El sobreescrito te hará conocer su nombre y el del Convento. Anda, amigo, y verás que no te he exâgerado nada. Es un Ángel en la tierra. En aquella santa Casa hallarás otros muchos que te moverán al respeto y veneracion. Tú te asombrarás como yo, porque no tienes idea de tanta virtud. Esos santos Solitarios se esconden á los ojos del mundo que no los quiere ver, y solo viven para Dios. Tambien encontrarás allí á Simon, y á propósito de este te voy á referir un nuevo beneficio de la bondad divina.

Al mismo tiempo que te estaba escribiendo esta carta recibo una de mi santo Director, y me dice en ella que ya pensaba en despedir á Simon para que volviera á servirme, porque habia acabado sus exercicios y recibido los divinos Sacramentos con edificacion y fervor; pero que este habia ido á decirle que Dios le inspiraba

se quedase para siempre en aquella Casa con título de Sirviente para servir á la Comunidad. Que alabando sus designios y deseos de consagrar su vida al Señor le habia representado, que en asuntos tan importantes era menester ir despacio, y proceder con madurez para asegurarse de la vocacion, y no fiarse en un fervor pasagero, que podia nacer de sus circunstancias actuales.

Que le habia aconsejado se tomase tiempo para probarse á sí mismo: que empezase por volver á mi casa para darme cuenta de todo, y consultarme esta resolucion; porque no era regular ni justo, que la tomase sin mi permiso y aprobacion. Que si yo lo tenia á bien, y si de aquí á tres meses él se mantenia en el mismo propósito, entónces podia volver, y que mi Director se empeñaria en que el Superior y la Comunidad le recibiesen; porque entónces su constancia haria ver á todos, que aquella era una inspiracion del Cielo, y no el movimiento de un fervor transitorio.

Que Simon habia manifestado en su semblante, que no le agradaba esta respuesta, que habia insistido diciéndole, que no dudaba que yo aprobaria su resolucion, que su servicio no me era indispensable, pues yo tenia otros muchos criados que podian suplirlo, y que quando lo fuera, estaba persuadido que yo sabria hacer el sacrificio por dexarle en libertad de hacer penitencia de sus muchos pecados. Que él le aseguraba de nuevo, que su deseo no era un fervor del momento, pues está idea le seguia desde que habia entrado en los Claustros, y visto la vida santa de aquella Comunidad, y que en fin le

volvió á rogar con mucha instancia le apoyase en esta pretension.

Que mi Director le volvió á decir, que le parecia indispensable darme cuenta de su resolucion ántes de empeñarse á nada; porque este era un deber de obligacion y gratitud. Que si Dios era verdaderamente el que le llamaba, de aquí á tres meses tendria la misma intencion, y mas facilidad de conseguir su deseo. Que tres meses se pasaban presto, y que era menester ceder á motivos tan prudentes.

Que á pesar de tan justas instancias Simon no habia quedado ni satisfecho de ellas ni contento de tanta dilacion. Que despues habia ido á hablar con el Superior y repetirle las mismas súplicas, que éste le respondió del mismo modo que mi Director. Pero que Simon no se ha sosegado con esto, y que ha sabido interesar de tal manera á algunos de aquellos virtuosos Padres, que el Superior á sus ruegos le ha mandado darme cuenta de todo para informarme y pedirme mi permiso. Mi Director me añade, que la Comunidad no quiere hacer nada sino con mi gusto y aprobacion, que desea saber si tengo algun motivo para desaprobar las intenciones de Simon, y me asegura que no pasará á nada sin saber que son de mi agrado.

¿Qué dices, Teodoro? ¿Qué dices de este nuevo beneficio de la piedad divina? No puedes haber olvidado el abuso que hemos hecho de sus talentos, los abominables empleos que hemos dado á su destreza y agilidad. Yo hubiera debido ocuparme toda mi vida en dirigir á la virtud á un hombre de quien abusé tanto para hacerle instrumento de mi perdicion y de la suya; pero Dios me quita este cargo inspirándole una resolucion decidida, en que solo me dexa la envidia de no imitarle en su penitencia, quando contribuí tanto á la necesidad que tiene de hacerla.

Voy á escribir al Padre, y significarle quánto me edifica y complace el buen deseo de Simon. Que no solo le apruebo y consiento con toda mi alma, sino que lo único que me aflige es no estar allí para darle mil abrazos, y pedirle perdon de las culpas que le he hecho cometer. Que me encomiende á ese Dios que va á servir, y que nos trata á todos con una bondad tan inmensa como poco merecida. Tú le verás, Teodoro. Procura sostenerle en sus santos deseos, y hacerle conocer que ahora es quando merece toda nuestra amistad y estimacion.

Anda pues, querido Teodoro; anda, y que el Padre de las luces, de quien desciende todo bien, te conduzca sobre las alas de su proteccion á ese Santuario de virtudes, á ese asilo de la Religion, en que se adora su santo nombre, y se vive de su amor. Abre tu corazon sin reserva á ese Ministro suyo que ha destinado para instrumento de tantas resurrecciones, y que la tuya no sea la última. ¡Ah, si el golpe de luz que nos alumbra, llegara tambien al infeliz Eduardo! Esta es la espina que todavia atormenta mi corazon. Pero yo espero mucho en su misericordia. El que supo enternecer el mármol de mi pecho, el que á pesar de mis muchas iniquidades se dignó de echar una ojeada favorable sobre mí, no se olvidará del que no puede ser tan ini-

qüo como yo. ¡ Dichoso Eduardo si el Cielo le ilumina en un momento, en que todavia le puede presentar una floreciente juventud, y con ella sacrificios mas meritorios! ¡ Dichoso tú, que te vás á ofrecer en tus frescos y aun floridos años, y puedes presentarle un incienso mas puro y agradable, y expiaciones mas dignas de su culto! ¡ Desdichado de mí que no le puedo presentar mas que una vida mas larga, consumada en delitos, satisfacciones estériles, y ofrendas casi necesarias!

Anda, amigo mio, que los Ángeles te acompañen, y te lleven á ver á los hombres que en la tierra les son mas parecidos. Tú verás lo que nunca has visto, oirás lo que nunca has oido. Anda y reconciliate con nuestro Dios, con ese Dios que te conduce allí para perdonarte tus pecados, para unirse contigo en lazo indisoluble, y asociarte al número de los felices. Teodoro, tú vas á abrirte las puertas de la eternidad, y prepararte en ella una mansion eterna y bienaventurada.

No te apresures pues, ni señales término á los dias de tu retiro. Entrégate á la conducta del Pastor que vas á buscar. Déxale arreglar el tiempo, el modo, y todo lo demas. Haz como yo, que me puse en sus manos, y me he hallado bien. Es verdad que tú no necesitas de tanto. Á mí fué menester persuadirme las verdades de la Religion, y enseñarme hasta los elementos. Tú, á Dios gracias, ya vas penetrado de lo que á mí me costó tanto de aprender. Lo único que te queda que hacer es confesar tus errores, y pedir el perdon.

Que ese Dios que murió por nosotros te lo conceda.

Que su espíritu divino te aplique sus merecimientos, y que purificándote con su Sangre te haga objeto digno de su vista. Pero quando hayas concluido tus santos exercicios, quando hayas cumplido con todo lo que exîge tan importante accion, vuela á mis brazos, para que yo estreche con ellos contra mi corazon á Teodoro ya amigo de Dios, á Teodoro que va á unirse conmigo con los vínculos de una nueva y mas sólida amistad, para que le adoremos y sirvamos hasta el venturoso dia en que tambien unidos le gocemos. Á Dios, amigo mio.